

**RUPTURA DEL PACTO FEDERAL  
DERROTA DE MORAZAN  
PRIMEROS ATROPELLOS INGLESES**

El General don Francisco Ferrera, obcesado en sus deseos de ser algún día vencedor de Morazán, se empeñó asiduamente en la ciudad de León, por medio de comisionados de su Gobierno en convencer al señor don Joaquín de Cosío, entonces Supremo Director de Nicaragua, de la inconveniencia de la reciente reconciliación con el gobierno del Salvador, presidido por Morazán, el enemigo común de todos los separatistas centroamericanos. En ese concepto añadía en sus gestiones la solicitud de que se auxiliase con tropas y dinero al gobierno de Honduras, puesto nuevamente en campaña contra aquel gobierno execrable.

El Supremo Director nicaraguense, asediado de continuo por los representantes del gobierno hondureños, vacilaba sobre la conducta que debía seguir, con tanto mayor motivo cuanto que gestionaba ante él, en un sentido contrario, el comisionado del gobierno del Salvador, don Miguel Montoya, empeñado a su vez en librar a su país de los horrores de una nueva invasión. Sin atravesarse a echar sobre sí la responsabilidad de una resolución cualquiera, el Director Cosío sometió el asunto al Poder Legislativo del Estado para que decidiera si había que respetar o desatender la alianza pactada con el gobierno del Salvador en 5 de junio de aquel año, y en caso negativo resolviese acerca del auxilio que pedía el de Honduras.

Las deliberaciones del Cuerpo Legislativo no duraron mucho. Turbas del pueblo leonés invadieron las gale-

rías, vociferando y atemorizando a los diputados, que bajo aquella presión declararon no debía tomarse en cuenta el tratado de alianza de 5 de junio y que en consecuencia se diera auxilio eficaz **al que tuviese la justicia.**

Tan luego como fué publicada la resolución ambigua del Poder Legislativo, el comisionado del gobierno del Salvador, instó con mayor empeño al Director Cosío, para que se mantuviese neutral, ofreciéndole de parte de su representado, bases halagadoras de un arreglo ventajoso, pero todo fué en vano y se hizo salir en seguida, de León, un cuerpo de tropas auxiliares de Honduras al mando del Coronel don Manuel Quijano, al que se previno ponerse a las órdenes de aquel gobierno.

Convencido el gobierno del Salvador de la ninguna eficacia de todos sus empeños para evitar la guerra, se preparó rápidamente para defenderse. El General Morazán, Jefe del Estado, se encargó del mando del ejército y el 30 de Julio publicó una proclama, dirigida a los salvadoreños, en la cual les daba cuenta de la situación

Mientras tanto, el General Ferrera que tenía ya bajo su mando el auxilio de tropas nicaragüenses, contó con dos mil hombres escogidos con los cuales se propuso invadir el territorio salvadoreño. Había conseguido al fin la realización de sus proyectos, ocupando Quijano el mando de una división de su ejército, del cual era él su General en Jefe y el General Nicolás Espinosa su Mayor General

En los meses de julio y agosto se completaron los preparativos para la campaña, cuyo plan se combinó de este modo

El Departamento de San Miguel sería ocupado por tropas hondureñas, en pequeño número, con el objeto

de privar a Morazán de los recursos de hombres y dinero que pudieran llegarle de aquellos pueblos, tenidos como los más ricos del Estado.

El grueso del ejército invasor obraría por el lado de Gracias en Honduras, y de Chalatenango en el Salvador con el objeto de internarse en éste por las fronteras del Norte, a fin de atacar al enemigo lo más inmediato posible a la capital del Estado, en donde Ferrera contaba con correligionarios procedentes de León y Honduras que trabajaban secretamente en su favor

Cuando así se arreglaba el plan de campaña de los invasores, Morazán que estaba informado de cuanto se proyectaba, hacía vigilar las fronteras del Norte por los coroneles Ignacio Pérez y Manuel Antonio Lazo, reclutaba milicianos en algunos departamentos y daba cuenta de la conducta hostil del gobierno hondureño a su aliado el de Los Altos.

Al comenzar el mes de agosto fué ocupada por los hondureños la ciudad de San Miguel, que Morazán había mandado evacuar, concentrando a los pueblos del interior la pequeña guarnición que tenía

Ferrera en San Miguel cometió excesos y depredaciones sin cuento. Necesitaba de hacer sentir a los salvadoreños todo el horror de la guerra sin cuartel, para obligarlos a someterse a la imposición extraña

El Gobierno de Guatemala deseaba proteger el movimiento invasor de Ferrera y también en las insurrecciones que se preparaban en la misma ciudad de San Salvador. Para esto fué destacado Rafael Carrera, a quien se había dado ya el grado de Brigadier, con una columna de 1.200 hombres con la cual se situó en la frontera del Salvador. Guatemala había firmado en aquella vez un pacto tripartito de alianza con Honduras y Nicaragua

y era la más interesada en aquella guerra contra Morazán

Carrera hizo circular una proclama que llevaba impresa, en la que excitaba a los salvadoreños a la insurrección. Esa proclama circuló en la frontera el 8 de septiembre y motivó una comunicación del Ministro General del Salvador al de Gobernación de Guatemala.

De Guatemala contestó el Ministro don Joaquín Durán, con fecha 17 de septiembre

En el entretanto, Carrera que continuaba en la frontera y deseaba coonestar su actitud de guerra con alguna apariencia que la justificara, fingió en Atescatempa, que una partida de salvadoreños se había introducido en aquel pueblo con el objeto de robar una joven que él codiciaba, y se la llevaba con sus padres al Salvador.

Salió en seguida a batir a los supuestos salvadoreños, que eran soldados suyos bien aleccionados, y en la refriega simulada que hubo a continuación, tuvo la desgracia de que una de tantas balas dispersas lo alcanzara, atravesándole el pecho. Recibió los sacramentos, se puso bien con Dios; pero no olvidó a la joven, objeto de su estrategia, a la cual hizo conducir por la fuerza a su cuartel de Jutiapa, en donde abusó de ella tan luego como sanó de su herida

El gobierno de Honduras pidió auxilio al de Guatemala, consistente en tropas que fueran a robustecer a Ferrera en San Miguel; pero la Asamblea constituyente de aquel Estado, entonces reunidas, se lo negó

El gobierno del Salvador se veía obligado a hacer la guerra a Honduras, y al General Cabañas.

En los días de aquellas ocurrencias, salió también Morazán a la campaña, a la cabeza de 400 veteranos,

dirigiéndose hacia los pueblos del Norte, de donde recibía noticias de que Ferrera, teniendo siempre ocupado San Miguel efectuaba su principal invasión al Salvador, sin preocuparse para nada del movimiento invasor a Honduras que llevaba a efecto el General Cabañas, en dirección casi paralela con el de las numerosas tropas de Ferrera en territorio salvadoreño

Morazán avanzó resueltamente, dispuesto a batir al ejército hondureño en donde lo encontrara; pero al llegar a la villa de Suchitoto, se vió obligado a retroceder para reconquistar los cuarteles de San Salvador tomados durante su ausencia por agentes del enemigo.

En efecto, Pedro León Velásquez y algunos otros salvadoreños, seducidos por varios leoneses y apoyados por algunos oficiales del servicio militar, asaltaron y se apoderaron de dichos cuarteles en la madrugada del 16 de septiembre, reduciendo a prisión a la familia de Morazán y algunos oficiales que permanecían fieles

Los revolucionarios obligaron al Consejo Municipal de la ciudad a desconocer la autoridad del Supremo Jefe y a que le exigiese la resignación del mando en el Consejero don Antonio José Cañas, conminándole con hacer morir a su esposa, a su hija y demás miembros de su familia presos. Dicho Consejo llamó en su auxilio a los propietarios y padres de familia del vecindario, más fueron muy pocos los que atendieron su invitación. En seguida comisionó a los señores Licenciado don Pedro Zeledón, nicaragüense originario de Costa Rica y al Coronel don Tomás Alfaro, salvadoreño, para que fuesen a notificar a Morazán el terrible ultimatum: "Mi deber contestó el grande hombre, es recobrar la plaza de San Salvador y la tomaré, aunque sea pasando sobre los cadáveres de mi familia". Este memorable episodio se verificó el día 17 de septiembre de 1839, y el 18 por la mañana derrotaba Morazán a los revolucionarios y re-

cobraba la plaza, salvando a su familia y restableciendo el orden alterado.

La Municipalidad, arrepentida de su conducta, firmó otra acta en que protestaba someterse a la obediencia del Gobierno; acta que tuvo que redactar el Licenciado Zeledón, autor e instigador del acta anterior que desconocía y conminaba al General Morazán.

Mientras tanto Ferrera con su columna de dos mil hombres y sin obstáculo de ninguna clase, avanzó triunfante sobre el territorio salvadoreño. Permaneció dos días en la villa de Suchitoto en que Morazán había estado poco antes y en seguida ocupó, avanzando siempre, el pueblo de San Pedro Perulapán a seis leguas de la capital, informado probablemente de los recientes sucesos de San Salvador.

Antes de salir de Suchitoto, Ferrera que creía perdido a Morazán, pasó una comunicación escrita al Consejo Representativo del Salvador, fechada en 22 de septiembre de 1839, en que proponía las bases para hacer la paz con el pueblo salvadoreño.

Aquel documento fué publicado en San Salvador, tan luego como fué recibido y sus conceptos fueron considerados como verdaderos ultrajes al honor y dignidad del Estado. Produjo el efecto de que 300 veteranos de los barrios de San Salvador engrosaran voluntariamente las filas de Morazán, que ascendieron a setecientos hombres con aquel refuerzo.

Morazán marchó con aquella gente al encuentro de Ferrera que permanecía aún en San Pedro Perulapán, llegando en la noche del 24 de septiembre al pueblo de San Martín, en donde pernoctó.

El Mayor General don Enrique Rivas, dió parte, poco después de la deserción de 100 hombres de la tropa sal-

vadoreña, y Morazán, lleno de entereza y confianza, le contestó: "Con los que quedan sobra para vencer. Carlos XII peleaba en proporciones menos ventajosas que las nuestras".

En la misma fecha y al grito de Viva la Federación recobró por sorpresa el Teniente Coronel don Gerardo Barrios la ciudad de San Miguel, ocupada por fuerzas de los invasores. En el asalto verificado a las 5 de la tarde, murieron muchos hondureños y algunos salvadoreños vecinos de Usulután que se habían aliado con los enemigos de su territorio. Las cisternas que servían de excusados en el cuartel quedaron repletas de cadáveres.

La situación de Morazán, sin embargo, continuaba siendo crítica con motivo de que por el lado de Guatemala lo amenazaba también con numerosos ejércitos el General Carrera. Con todo, dispuso atacar a Ferrera, tomando las mayores precauciones para que éste no se apercibiese de su proximidad. Se informó en seguida de todos los caminos y veredas que conducían directa y oblicuamente hacia San Pedro, tomando en cuenta sus avenidas: calculó las distancias y el tiempo necesario para recorrerlas e instruyó a sus jefes subalternos sobre los movimientos que debían ejecutar en el rumbo que les indicó señalándoles la hora en que debían romper sus fuegos. Hizo después que marchasen en silencio por los caminos y veredas al través de elevaciones cercales, convergentes al campanario de la iglesia de San Pedro, en donde se supo que había mucha parte del ejército enemigo, y el propio Morazán, a la cabeza de los cuatrocientos veteranos con que había recobrado la plaza de San Salvador, se encaminó directamente hacia la población de San Pedro, para atacarla de frente.

Los movimientos de sus lugartenientes, General Enrique Rivas y Coroneles Ignacio Pérez, Ignacio Malespín,

Antonio Lazo y Domingo Asturias, correspondieron exactamente a las instrucciones recibidas, hallándose cada uno de ellos con sus respectivos cuerpos en la posición y a la hora que se les señaló, listos para la ejecución simultánea del ataque a los invasores que estaban acantonados en su mayor parte en el campanario de la iglesia

Al amanecer del 23 de septiembre de 1839, Morazán y su reducido ejército, cayeron denodadamente sobre la gruesa columna hondureña que ocupaba el campanario. Esta, aunque en desconcierto momentáneo, resistió con valor, parapetándose en la iglesia y dando lugar a que las demás fuerzas tomaran parte en la acción, la cual se generalizó por las estrechuras y barrancos del pueblo, llevando Ferreira la ventaja por el mayor número de su tropa repuesta ya de la sorpresa. Los salvadoreños, sin embargo avanzaron sobre la población y se localizó en la plaza la definición del combate, en el cual perecieron muchos valientes. El General Rivas cayó herido de su caballo y habría perecido si sus soldados no hubieran corrido a cubrirlo por todos lados, salvándole la vida: el Coronel Lazo fué gravemente herido en un carrillo, pero siguió peleando sin retroceder; y el Teniente Coronel don Domingo Asturias, guatemalteco, que fué derribado por un corpulento jefe enemigo, se puso aceleradamente en pié, en cuanto cayó, atacó a su adversario y le dió muerte

Morazán creyó que había llegado el momento de decidir de aquella acción y poniéndose a la cabeza de cien veteranos de reserva que se hallaban listos para la ejecución de sus órdenes, dió una terrible carga ante la cual comenzaron a retroceder los hondureños. Ferrera fué herido, y sus jefes fueron también impotentes para contener el desbordamiento de su ejército, que huye en el mayor desconcierto por donde puede.

Ferrera, Espinosa y Quijano se pusieron a salvo con dificultad, amparándose con los barrancos del pueblo y huyendo a todo correr hacia la villa de Suchitoto, sin preocuparse de los numerosos heridos y prisioneros que dejaban en aquel campo de batalla cubierto además de cadáveres.

Tan luego como Carrera supo en la frontera de Guatemala el desastre de Ferrara, levantó su campo de Jutiapa y del pueblo del Chingo y se retiró prudentemente a Guatemala.

En los pueblos de Honduras, mientras tanto, se presentaban también triunfantes las armas salvadoreñas, pues la expedición confiada al General Cabañas hizo una brillante campaña

Tan luego como dicho General hubo invadido el territorio hondureño con su reducida columna, tuvo que aprestarse a la lucha con tropas enemigas que le salieron al encuentro en el punto llamado Cuesta Grande. Logró el derrotarlas el 6 de septiembre después de un sangriento combate y no detuvo su marcha victoriosa sino hasta que se apoderó de la importante ciudad de Tegucigalpa

Los hondureños lograron rehacerse y presentar nueva acción a Cabañas en el lugar llamado Soledad, en donde volvieron a ser deshechos con mayores pérdidas de hombres y elementos de guerra, dejando tranquilo a Cabañas durante cerca de dos meses, en que se mantuvo esperando el resultado de la invasión del ejército principal que operaba contra el Salvador.

Mientras tanto Ferrara, Quijano y Espinosa, escapados de San Pedro Perulapán, buscaron su salvación en los pueblos del Sur de Honduras, en donde con un tal Aparragado reunieron nuevas fuerzas en la frontera de

Nicaragua para oponerlas al vencedor de la Soledad; pero éste, tan luego como lo supo, se movió contra ellos y presentándoseles en Los Guayabos, a corta distancia de la villa de Choluteca, los deshizo completamente el 28 de octubre siguiente, quedando Honduras, con este último golpe, en poder del gobierno del Salvador.

Pudo Morazán aprovechar aquellas felices circunstancias para impedir que Ferrera volviese a reunir nuevas fuerzas en el departamento de Olancho, adonde se había refugiado; pero dejó pasar el tiempo y se dió el necesario a Ferrera y su gobierno, para que con las tropas que levantaron, unidas a las que se habían alistado en Nicaragua, compuestas todas ellas como de mil hombres, volvieran a tomar la ofensiva.

Las dificultades para terminar aquella guerra, desde antes del triunfo de la Soledad, intimidaron a los aliados que en Nicaragua tenía el gobierno conservador de Honduras y se propusieron hacer arreglos de paz. Para esto se dirigió la cancillería nicaragüense, a cargo del Ministro General, Presbítero don Pedro Soliz, al Cónsul inglés Mr. Federico Chatfield, a la sazón en San Miguel, proponiéndole que sirviese de mediador para arreglar la paz en Centro-América por medio de pactos entre los Estados garantidos por Su Majestad Británica, la cual debería decidir las desavenencias. Aquella proposición causó alarma en todos los liberales de Centro-América, pues Chatfield acababa de declarar que la isla de Roatán pertenecía al gobierno inglés y ya éste había dejado conocer sus pretensiones de adueñarse de la costa oriental de Centro-América. Chatfield contestó excusándose por hallarse inhibido de toda intervención en los asuntos del Salvador, debido a que éste había celebrado un tratado con el gobierno del Estado de los Altos en el que se encontraba una cláusula hostil al gobierno inglés.

Frustrada la negociación de la paz, el gobierno de Nicaragua continuó la guerra con actividad, disponiendo el envío de un nuevo ejército auxiliar de Honduras a las órdenes del Coronel don Manuel Quijano. Era éste una especie de comodín militar de aquel gobierno, entonces regido en absoluto por la voluntad del Comandante General don Casto Fonseca, ex-estudiante de medicina de León, elevado a tanta altura por el asesinato del Jefe Zepeda y que no entendía mayor cosa de Milicia.

Don Manuel Quijano era el hijo segundo de un español que se acercó en Costa Rica y formó hogar allí a fines del siglo XVIII. Don Manuel fué en sus primeros años aprendiz de pintor; pero como no tuvo vocación para ese arte, se fué para España como sirviente de un español que regresaba de Centro-América

Antes de completar un año de permanencia en Madrid, el joven Quijano cambió de servidumbre, enrolándose voluntariamente en el servicio militar; pero por su corta edad solo consiguió ingresar a una banda de guerra, donde tocaba el tambor. Poco después, sin embargo, obtuvo alta como soldado y en breve tiempo llegó a ser teniente regresando con ese grado a Costa Rica, su tierra natal, por los años de 1826 a 1827, donde contrajo matrimonio con una dama de aquella tierra

En Costa Rica conspiró contra el Dictador Braulio Carrillo y tomó parte en una revolución que fué vencida, por lo cual tuvo que huir después de haber sido puesto fuera de la protección de la Ley.

Residió en Méjico y peleó varias veces a las órdenes de aquel gobierno hasta ascender a Teniente Coronel, grado con el cual volvió a Centro-América, ocupándose en seguida en Nicaragua, en donde el improvisado General Bernardo Méndez Pavón no hallaba a quién colocar al frente del ejército a cuya cabeza se puso para

invadir el Salvador en unión de Ferrera. Se dice que Quijano, hombre de fuego, se indignó al ver la inacción de su jefe en Corlantique y le dijo, que el gobierno de Nicaragua estaba haciendo sacrificios para sostener aquella campaña y que no era justo perder inutilmente el tiempo y el dinero; después arengó al ejército en formación y ordenó que diera un paso adelante el que estuviese dispuesto a seguirlo, y a la media noche y con el mayor sigilo levantó la parte del ejército que le pertenecía, pasó el Lempa y sorprendió a Benitez; pero este decir no parece ser muy exacto, pues las cosas pasaron tales como las dejamos referidas en otro lugar cuando Mendez y Ferrera invadieron el Salvador. Quijano volvió más tarde a Honduras con fuerzas de Nicaragua en auxilio de Ferrera. Su reputación en ese tiempo fué de lo más horrible. Se le tenía, en el Salvador y Honduras, como verdadero facineroso.

La Miscelánea de Cojutepeque en su número 6, correspondiente al 16 de febrero de 1840, decía lo siguiente: "Horrorizan al pecho mas insensible los excesos que comete este aventurero, cruel y codicioso, sin patria y sin ley, a quien no liga vínculo alguno con la sociedad y cuya conducta no modera ninguna consideración humana, ningún sentimiento noble, ni la ambición ni el deseo de la gloria, ni las creencias políticas, ni el amor a sus semejantes. El gobierno de Nicaragua, al emplearlo después de haber sido arrojado y proscrito de Honduras, se ha cubierto de una mancha indeleble y contraído una grave responsabilidad respecto de sus mismos súbditos que ha puesto bajo las órdenes de aquel bandido"

En Honduras, un año antes, se publicaron cosas de Quijano, que aventajaban a las del Salvador

El Ministro General don Coronado Cháves, se dirigió a Ferrera con fecha 24 de mayo de 1839, diciéndole:

“Son grandes los excesos que ha cometido y comete el Comandante Quijano Le adjunto copia, etc.”

Después, con fecha 29 de agosto del mismo año, expidió Ferrera desde Sésori, una orden para los jefes de armas de Nacaome y de Guascorán”.

“Es doloroso, decía el periódico en que se publicaban esos documentos, pero conviene hacer una enumeración de sus víctimas a sangre fría y fuera de combate:

El Teniente Coronel, ciudadano José María Peña, fué fusilado en Nacaome, donde tuvo que detenerse por sus achaques, cuando se retiraba del Salvador

El Capitán Venancio Ramírez fué muerto a palos y se vejaban a las personas, entre ellas señoras de consideración” —(Opúsculo— La Miscelánea, número 6. pág 27 y 28)”.

Tal era el Teniente Coronel Quijano, escogido por el gobierno de Nicaragua para que en representación del Estado comandase el ejército de éste Fué entonces cuando el Jefe de las fuerzas nicaragüenses no hubo exceso que no cometiese en Honduras, dejando marcado su paso con horripilantes crímenes

Quijano avanzó sobre Tegucigalpa por un camino, mientras por otro salió Cabañas de aquella ciudad a la cabeza de una reducida columna federal conque pensaba destruir al invasor. En Sábana Grande tuvo noticia de que Quijano iba sobre Tegucigalpa y entonces contramarchó rápidamente en su alcance, llegando al día siguiente, 26 de enero de 1840, a la hacienda del Potrero Poco después se presentó Quijano en son de ataque; pero encontrando prevenido a su enemigo, se retiró para Tegucigalpa, perseguido de cerca por Cabañas hasta Comayaguela, barrio de Tegucigalpa, en

donde pasó la noche inquietándolo. Al día siguiente continuó Cabañas en el mismo punto provocando infructuosamente al enemigo para que saliese de sus trincheras, hasta la noche del 29 en que una numerosa columna hondureña llegó en auxilio de la plaza. A las 7 de la noche del mismo día Cabañas replegó silenciosamente la división de su mando a la hacienda del Potrero, en donde permaneció tranquilo; pero a las 3 de la tarde del 31 fué atacado por las numerosas fuerzas del enemigo. Abrumado por la superioridad del número con que se le agredía (como que eran mil hombres los que se presentaban para combatir a solo trescientos con que contaba Cabañas) resolvió éste su retirada hacia el departamento de San Miguel, en donde Morazán había dado orden al Coronel don Gerardo Barrios para que fuese en su auxilio con 500 hombres; orden que Barrios retardó en ejecutarla, debido a ciertos devaneos amorosos; y cuando lo hizo ya fué tarde, puesto que encontró a Cabañas en la frontera de Honduras en completa derrota.

La situación de Morazán volvió a hacerse crítica con aquel suceso desgraciado y con el de la destrucción del Estado de los Altos, su único aliado, por las fuerzas de Carrera que lo invadió con dos mil hombres y lo tomó casi por sorpresa en los últimos días de enero de 1840.

Nueva y mayor tempestad se levantaba contra él en todo Centro-América, sostenida por el gobierno de Guatemala que era el alma de la triple alianza contra el Salvador. Creyó Morazán, en aquellos aciagos momentos, que solo un golpe de suprema audacia podría salvarle. Sin pérdida de tiempo convocó a la Asamblea del Estado del Salvador, hizo que el Vice-Presidente Silva se encargase del Poder Ejecutivo, para poder colocarse a la cabeza del ejército; alistó una fuerza de novecientos hombres y puesto al frente de estos, marchó rápida y

sigilosamente sobre Guatemala, cuya plaza defendía Carrera

Las tropas salvadoreñas fueron vistas en las cercanías de Guatemala el día 17 de marzo. El 18 ocupaba Morazán la plaza de Guadalupe y de allí mandó que se apoderasen de la plaza mayor al General Rivas y a los Coroneles Ignacio Malespín, Ignacio Pérez y Bernardo y Antonio Rivera Cabezas, los cuales cumplieron la orden atacando con valor y arrojo hasta adueñarse de dicha plaza

Mientras tanto, Rafael y Sotero Carrera atacaban con dos mil hombres al General Cabañas que con 500 salvadoreños defendía las alturas del Calvario e inmediaciones de la plaza de toros. Después de dos horas de rudo combate Cabañas se vió obligado a abandonar los puntos que ocupaba y a replegarse a la plaza con su división.

Rafael Carrera se dirigió en seguida al Aceituno, en donde tenía el grueso de sus tropas, mientras su hermano Sotero avanzaba sobre el Hospital, daba muerte aleposa a algunos heridos y al Coronel Español Miguel Sánchez y se apoderaba de un rico botín, consistente en los equipajes de los jefes salvadoreños, en veinte mil pesos de la caja de guerra, en mucho parque y en el tren de guerra que Morazán había dejado con unos pocos soldados de custodia.

Durante aquel día el ejército de Carrera se fué aumentando extraordinariamente con las numerosas hordas de Santa Rosa, de Mataquescuintla, de Mita y de todas las montañas que había servido de escondite a los revolucionarios de los años de 1837 y 1838, acaudillados por el mismo Carrera

Por la noches continuaron incesantes los fuegos de dentro y fuera de la plaza Morazán se había apode-

rado de una inmensa cantidad de elementos de guerra y provisiones, encontrados en la plaza, y también de los prisioneros políticos a los que puso en libertad; pero en las primeras horas de la madrugada del 19, la situación se hizo insostenible en la plaza, cuyo cerco se estrechaba por momentos. Dispuso entonces Morazán evacuarla sigilosamente.

Cuando el General Morazán tomó la plaza de Guatemala, celebró una acta la Municipalidad de Quezaltenango, en que felicitaba al vencedor y proclamaba la autonomía del sexto Estado Federal. Esta demostración de simpatía incomodó á Carrera y trató de castigarla, tan pronto como se vió libre de Morazán, dirigiéndose con su ejército sobre la metrópoli altense.

Los habitantes de Quezaltenango, faltos de armas y amedrentados, enviaron al encuentro del caudillo montañez una comisión respetable, compuesta del cura don Angel Ugarte y de los alcaldes don Roberto Molina y don José María Paz.

Los comisionados se presentaron á Carrera, cuando éste iba de camino, y en nombre de la Municipalidad le pidieron perdón y le protestaron sus respetos y obediencia. Nada, sin embargo, bastó para aplacar al terrible caudillo, que encendiéndose más y más en ira, prorrumpió en juramentos y arremetió á sablazos con los desgraciados parlamentarios, hiriéndolos cruelmente y haciéndolos conducir atados

Al entrar, poco después, á la pacífica y aterrada población de Quezaltenango, mandó tocar á degüello é hizo dar lanzasos á todo el que aparecía en las calles. Puso á continuación á rescate á los principales vecinos, fusiló á más de cuarenta de éstos, incluyendo á todos los municipales, hizo saquear algunos almacenes, y uniendo el cinismo á la crueldad, presencié las ejecuciones desde

un balcón, punteando alegremente una guitarra, cuyos acordes se confundían con el estruendo de las descargas de fusilería, que rebataban la vida á tantos desgraciados. De esta cruel manera se ahogó en sangre, por última vez, el deseo del Estado de Los Altos de ser autónomo é independiente.

Las bajas del ejército de Morazán en su expedición á Guatemala, pasaron de quinientos hombres entre muertos y heridos.

En la plaza de Ahuachapán, cerraban el paso de los salvadoreños, ochocientos partidarios de Carrera, bien fortificados y á las órdenes del Comandante de Jutiapa, don Manuel Figueroa Cabañas los atacó con sólo cien de sus valientes soldados y logró ponerlos en fuga.

El General Morazán, con los restos de su destrozado ejército, entró á San Salvador el 30 de marzo de 1840, y jamás, ni en los días de su mayor poder, recibió tantos y tan reiterados testimonios de aprecio y simpatías de aquel pueblo leal y adicto. Una concurrencia innumerable llenaba el camino desde Monserate hasta la plaza principal; y al apareamiento de Morazán, todos se descubrieron y corrieron á saludarlo con las más viva y sincera emoción

“Un padre, dice un periódico de aquel tiempo, no hubiera sido recibido por sus hijos, con más respeto y ternura, después de una larga ausencia”.

Todo Centro-América se coaligó entonces contra el pequeño y exhausto Estado del Salvador. Morazán se opuso al sacrificio de aquel pueblo generoso y valiente, y que tan adicto se le mostraba en la hora de su desgracia.

Reunió, en el acto, una junta de notables, y significó ante ella, su determinación irrevocable de expatriarse,

para librar al Salvador de la guerra asoladora con que se le amenazaba, á causa del asilo que le había concedido Resignó en seguida el mando y se dirigió al puerto de la Libertad, donde se embarcó en la goleta Izalco; en los primeros días del mes de abril de 1840, seguido de treinta y seis de sus más adictos compañeros, que se resistieron á abandonarlo (1)

El 22 del mismo abril, arribó Morazán al puerto de Puntarenas, en el Estado de Costa-Rica, é inmediatamente dirigió una comunicación al Gobierno, participándole su propósito de continuar su marcha para la América del Sur; pero suplicando el que se le permitiera dejar en Costa-Rica á algunos de sus compañeros, que solicitaban permanecer asilados en el territorio, ó bien permiso para ir á Matina y buscar otro buque en que conducirse, por la vía del Atlántico, que no fuera tan pequeño y tan recargado de pasajeros como la goleta Izalco.

El señor Licenciado don Braulio Carrillo, Jefe entonces del Estado de Costa-Rica, hizo contestar á Morazán, que el Gobierno solamente podía conceder hospitalidad, bajo la garantía de su conducta, á los señores José Miguel Saravia, Gerardo Barrios, José Rosales, Mariano Quezada, Juan Orosco y Presbítero Isidro Menéndez: que los demás podrían pasar á Matina, bajo la misma garantía, no deteniéndose más de ocho días y presentándose al Gobierno, para que éste les señalara el punto de su residencia temporal; y que en cuanto á los señores Diego Vigil, Miguel Alvarez y José María Silva, se hacía excepción absoluta, manifestando que si se atrevían á

---

(1) He aquí los nombres: Diego Vigil, José M Silva, Miguel Alvarez, Manuel Irungaray, Felipe Molina, Carlos Salazar, Trinidad Cabañas, Enrique Rivas, Indalecio Cordero, José Miguel Saravia, Máximo Cordero, Manuel A Lazo, Máximo Orellana, José J Osejo, A Rivera Salazar, Domingo Asturias, José Ma Cacho, Manuel Merino, Rafael Padilla, Guillermo Quintanilla, José Antonio Milla, Gerardo Barrios, Dámaso Souza, José M Prado, José Rosales, José M Cañas, Pedro Molina, Isidro Menéndez, José Molina, Joaquín Rivera, Felipe Bulnes, Juan Orosco, Mariano Quesada, Agustín Gusmán, José Antonio Ruiz y Francisco Gravel (N del A)

pisar el territorio, serían capturados y remitidos por cordilleras á las autoridades del Salvador.

Morazán no esperó más, y con todos sus compañeros, se hizo á la vela para Chiriquí, en donde le aguardaban ya su esposa y familia

Tan luego se fué Morazán del Salvador, se encargó del mando, el Consejero don José Antonio Cañas, que procuró hacer la paz con todos los Gobiernos de los demás Estados, entonces ya aplacados en su enojo

El Gobierno de Guatemala envió á San Salvador una comisión diplomático-militar, á cargo del Teniente General don Rafael Carrera y de don Joaquín Durán, y escoltada por un piquete de doscientos hombres

La Comisión verificó su entrada á las doce del día 10 de mayo de 1840, siendo recibida con mucha solemnidad y bajo arcos triunfales, levantados en las calles de la antigua Cuscatlán.

Los comisionados chapines trataron al Salvador como á país vencido, imponiéndole un vergonzoso tratado, que comprometía al Gobierno á no poder ocupar en los destinos públicos á ninguno de los funcionarios militares que hubieran servido al General Morazán, salvo que el Gobierno de Guatemala concediera permiso. También quedaba comprometido á entregar á todas las personas, comprendidas en una lista que presentarían los comisionados; á no consentir el regreso de ninguno de los emigrados, y á otras cuantas miserias por el mismo estilo

Carrera exigió previamente diez mil pesos para sus gastos; y como las cajas estaban exhaustas, hubo que derramar un empréstito forzoso Este, lo depresivo del tratado, los modales bruscos é insolentes del Teniente

General, los robos de caballos y algunos saqueos ejecutados por la escolta diplomática, y sobre todo, las escandalosas violaciones que tanto el jefe militar comisionado, como sus subordinados, ejecutaron con algunas mujeres de San Salvador, irritaron de tal manera al pueblo, que rugiente y amenazador, se disponía á lanzarse sobre sus opresores, cuando Cañas y Durán, para calmar la tempestad, hicieron salir precipitadamente de la Ciudad á Carrera y á sus soldados; terminándose así la misión pacificadora, encargada de hacer apurar el caliz de la amargura al noble pueblo salvadoreño.

La nueva Constitución del Estado soberano de Nicaragua, como dijimos, en otro lugar, daba al gobernante el nombre de Director del Estado y señalaba la duración de su período en dos años

Practicadas en todo el país las elecciones para autoridades supremas de la nueva nación, la Asamblea después de hacer el escrutinio de los votos recogidos en los comicios, declaró, el 4 de marzo de 1841, popular y constitucionalmente electo Director del Estado, al señor Licenciado don Pablo Buitrago, el **mismo que colocó** de Comandante General a don Casto Fonseca, asesino del Jefe Zepeda y entonces dictador militar absoluto en el Estado, y cuyas influencias, probablemente, determinaron el triunfo de Buitrago en los comicios.

La primera disposición del nuevo Director, fué separar del Ministerio general á don Francisco Castellón, y nombrar en su lugar á don Simón Orosco.

Castellón atacó más tarde por medio de la prensa al señor Buitrago y éste se defendió de la misma manera, encabezando siempre sus escritos con la original fórmula de "El Director del Estado de Nicaragua al público". La polémica fué muy reñida y puso en evidencia la absoluta libertad de imprenta que se gozaba en Nicaragua

Buitrago era leonés, pero estuvo en pugna con Castellón, que era de la misma localidad, y que acaudilló más tarde al partido liberal.

Su administración, como tendremos ocasión de verlo, fué una mezcla heterogénea de buenas y malas disposiciones, aunque la mayor parte de ellas en un sentido netamente liberal.

El nombramiento de don Simón Orozco para Ministro General, causó alguna sorpresa, porque no se le concedía que tuviese aptitudes para ese puesto y aún se le consideraba como un buen hombre, rayano de simple; pero se tuvo por cierto que el Director Buitrago, que tenía pretensión de abarcarlo todo en materia de inteligencia y asuntos de Estado, no quería compartir con persona alguna, de reconocidas aptitudes, las glorias de su administración. El Señor Orozco estaba llamado a ser en el Ministerio General un simple testaferro del señor Buitrago que lo hacía todo.

La política del nuevo gobierno estaba ya definida desde la administración de Núñez en que el señor Buitrago, como Ministro General, fué una especie de factotum y el verdadero autor de los pactos de alianza ofensiva y defensiva con los gobiernos separatistas y ultraconservadores de Guatemala y Honduras.

La expatriación voluntaria del General Morazán había devuelto la tranquilidad a Centro-América y calmado las inquietudes del Director Buitrago, para quien el Padre de la Patria, como se llamaba a Morazán, era una mortal pesadilla.

Limpio ya el horizonte por el lado occidental, el señor Buitrago se entregó con patriótico interés a procurar la reorganización de Nicaragua y a estrechar con los gobiernos hermanos de la América Central los vínculos

amistosos, robustecidos por su alianza contra Morazán y la victoria alcanzada contra éste

La idea de una convención de los Estados de Centroamérica para decidir las cuestiones de los mismos y fijar definitivamente su forma de gobierno, idea sugerida por el gobierno de Guatemala en el tratado con el Salvador de 5 de julio de 1839 y estipulada de nuevo por Carrera en el convenio de 10 de mayo de 1840, pareció olvidarse poco después, a medida que el tiempo pasaba y que la oligarquía de Guatemala creía lejano todo peligro de que reapareciese el gobierno nacional; aunque no por esto eran menos estrechas las relaciones entonces existentes entre los mismos hombres que tenían en sus manos la situación de los Estados de Guatemala, el Salvador y Honduras

En principios del año de 1841 solo parecían nublar el horizonte del cielo centroamericano las pretensiones del gobierno inglés sobre la isla de Roatán y sobre mucha parte de la costa oriental o atlántica, de la cual se había apoderado a la sordina con distintos pretextos y al favor de nuestra vida de disensiones.

En el puerto de San Juan del Norte, que era en 1841 de los más concurridos de la América Central, existía la principal aduana de Nicaragua y a su frente, en clase de administrador de ella, fué colocado el Teniente Coronel don Manuel Quijano, el viejo militar de las campañas anteriores contra Morazán y la Federación.

En el mes de Junio del referido año tuvo noticia Quijano, por una carta que el inglés Pedro Zapata escribía desde Bluefields a su hijo residente en San Juan del Norte, que el Superintendente de Belice, Mr Alejandro MacDonald, preparaba una expedición en un buque de guerra, acompañado del llamado **King**, o rey mosquito, para los puertos de Bocas del Toro y Saltcreek,

con pretensiones de señorío y dominio, y que también llegaría a San Juan del Norte, respecto del cual no manifestaba determinación alguna

Quijano puso aquella noticia el 30 de junio en conocimiento del Gobierno de Costa Rica y también en el de Nicaragua; pero no tuvo verificativo sino hasta el 12 de agosto del propio año de 1841, en que el Superintendente de la colonia inglesa de Belice, Mr Alejandro MacDonald, el mismo que estaba anunciado, se presentó en la bahía de San Juan a bordo de la fragata **Tiweed** de la marina real inglesa, acompañado de un joven indio mosquito a quien daba el nombre de Rey y seguido de una balandra del comercio de Bluefields, armada en guerra y con pabellón mosquito en la cual iba el Capitán Peter Shepheid

Tan luego como Quijano vió que la fragata botaba anclas, se apresuró a visitarla, en unión del guarda Vicente Castillo, embarcándose ambos en la lancha de la Comandancia y llevando desplegada en la popa la bandera nacional De camino se encontraron con otra lancha, la de la fragata, que conducía a tierra al Superintendente, al Jefe mosquito y al Capitán Shepherd, los cuales pasaron sin hacer el menor caso del pabellón ni de los oficiales de la Aduana, desembarcándose en seguida en el puerto y alojándose en la casa en que vivía la familia del expresado Capitán Shepherd.

A pesar de aquel desaire, tan luego como Quijano hubo regresado a tierra, pasó solo a la casa de Shepherd a visitar a los recién llegados; pero éstos no le recibieron diciéndole el ayudante que Su Excelencia, el señor Intendente y Su Majestad el Rey de la Mosquitia se hallaban indispuestos.

Vuelto Quijano a su oficina envió una felicitación escrita al Superintendente, la cual concluía con estas palabras: "Sin embargo, a Su Excelencia doy la enhora-

buena de su feliz arribo y desearía se dignase decirme el objeto de su venida para dar cuenta a mi Gobierno'' Esta comunicación no fué contestada por el Superintendente, quien mandó una comisión, compuesta de su ayudante, del Comandante de la fragata y del Secretario del Rey mosquito a decir a Quijano, que el día siguiente a las once le contestaría su misiva y a recabar previamente si estaba en disposición de reconocer a Su Majestad Mosquita como Soberano de la Costa por tenerlo reconocido Su Majestad Británica y ser su aliado. Quijano les manifestó que él no podía reconocerlo como tal por varios motivos que expresó. Los comisionados se retiraron en seguida y Quijano dirigió una nueva comunicación escrita al Superintendente en que se quejaba de la requisición que se le había hecho y además del insulto al pabellón de Centro-América con el hecho de que a la sombra de la bandera británica se hubiese introducido al puerto una balandra armada en guerra y con la bandera mosquita desplegada, con pretensiones de ser la de una nación que no ha reconocido Centro-América a quien S M B., tampoco le había participado nunca de haberla reconocido; y que aún en el supuesto de que alguna vez le hubiera hecho, no por eso ejercería imperio sobre el territorio nicaragüense para poder forzar a los súbditos de este país a igual reconocimiento. Agrega que las noticias que circulaban de que el pretendido rey mosco, protegido evidentemente por Su Excelencia, llegaba armado a reclamar dominio sobre los puertos de Centro-América, por aquella parte, tenían enardecido el celo patriótico de los habitantes de San Juan del Norte'' Así es, señor Superintendente, concluía diciendo Quijano, que yo, a nombre de mi gobierno, le protesto a Ud, que no será responsable Centroamérica de los resultados que de semejantes cuestiones se originen, bien sea ocupando sus costas, como debía haberlo hecho años ha (se refiere al territorio ocupado por los mosquitos), como que por esta causa haya trastorno total de la buena armonía de mi nación con la suya.

El Superintendente MacDonald, contestó con fecha del día 13 manifestando al Comandante y Administrador Quijano: que el objeto de su visita a la costa oriental de Nicaragua había sido llevar un mensaje de S. M. B. a su aliado el Rey de la nación mosca y asegurarse al mismo tiempo por sí mismo de cuáles eran los verdaderos límites de los dominios moscos, sobre cuyo asunto deseaba además tener la opinión del señor Administrador. Condujeron esta comunicación del Superintendente, los mismos individuos de la comisión anterior, los cuales insistieron de palabras en que la autoridad de Nicaragua en San Juan del Norte reconociese voluntariamente a S. M., el Rey de los Mosquitos y declarase que aquel puerto formaba parte de los dominios de dicho monarca, porque de lo contrario llegaría dentro de poco tiempo una fuerza armada y lo haría responsable a él y a su gobierno de su negativa. Contestó enardecido, el Coronel Quijano, que él no podía hacer semejante reconocimiento y que estaba pronto a perecer sosteniendo la dignidad de Centro-América. El que se titulaba Ministro del Rey de la Mosquitia le replicó que hacía más de dos siglos que S. M. B. había reconocido como nación independiente y aliada suya a la Mosquitia; y Quijano le replicó que aún cuando hubiera más tiempo de ese reconocimiento del gobierno inglés, eso no podía obligar a Centro-América a hacer lo mismo porque el Estado era soberano y además no era ese asunto para ser ventilado entre súbditos, sino entre sus respectivos gobiernos.

Los comisionados dieron por terminada su misión; pero al despedirse intimidaron al Coronel Quijano que se abstuviera de todo acto de violencia con los súbditos británicos y mosquitos, porque si tocaba alguno de ellos se le exigiría la inmediata responsabilidad, tanto a él como a su gobierno.

Después de la anterior intimación dispuso el Coronel Quijano que fuese concentrada la pequeña guarnición militar del puerto en el cuartel inmediato y al mismo tiempo escribió otra comunicación oficial al Superintendente, quien se negó a recibirla. El Coronel Quijano fué entonces a entregársela personalmente sin que por eso tuviese mejor éxito. Siguió por ese motivo un violento altercado de palabras entre ambos funcionarios que terminó con la retirada del Coronel Quijano que se manifestaba indignado. A su paso le salió el Contador de la Aduana, suplicándole la entrega de la comunicación rechazada, para hacer un nuevo esfuerzo en el sentido de que fuese recibida. Accedió Quijano, y el Superintendente consintió en esta vez en imponerse de ella, lo cual hizo, devolviéndola en seguida al Contador, a quien manifestó que deseaba tener una entrevista con el Coronel Quijano con el objeto de que le firmase un documento en el cual se comprometiese a no molestar antojadizamente a ningún mosco, ni extranjero, ni hijo del pueblo con motivo de los sucesos ocurridos a su llegada.

El Contador pasó donde el Coronel Quijano y le hizo presente la solicitud del Superintendente de Belice; pero en el momento en que lo verificaba arribaron a la vista del Administrador dos lanchas con tropa armada procedente de la fragata que desembarcó luego. El Contador, queriendo evitar un conflicto, regresó donde el Superintendente procurando mediar; pero el funcionario inglés persistió en exigir de Quijano el documento indicado. Quijano entonces desplegó la bandera nacional y con ella en la mano se encaminó hacia donde se hallaba el Superintendente, al cual reconvino por los insultos recibidos y por la fuerza armada con que se le sorprendía; más como el inglés le repitiese su exigencia de firmar cuanto antes el documento que le tenía indicado, Quijano le replicó que solamente compulsado y apremiado podía hacer tal cosa. *Mac Donald, sin dirigirle más la palabra, le volvió la espalda y ordenó a su tropa que lo*

capturase y lo condujese a bordo adonde llegó más tarde, haciéndose a la vela para Bocas del Toro el día 15 de agosto, en cuyo lugar obligó a Quijano firmar un documento reconociendo el derecho del Rey de la Mosquitia sobre el territorio de San Juan del Norte. Antes de zarpar, sin embargo, el Superintendente dirigió con fecha de aquel día una comunicación al Ministro General del Gobierno de Nicaragua, informándole a su modo, de todo lo sucedido y terminando con la siguiente manifestación explícita:

“Siéndome imposible llegar a una conclusión satisfactoria con Quijano, fué transportado o conducido a bordo de dicha fragata, en que pronto después ofreció firmar cualquier documento

“Si yo pudiera confiar en la promesa del señor Quijano, con el mayor gusto le daría su libertad; pero las varias instancias que me han sido hechas por muchos de los habitantes y los individuos que firman los memoriales para remover a Quijano de este puerto, me obligan en obsequio de la humanidad, a guiarme según el sentido del inminente peligro que corren y detenerlo hasta que reciba de V E, una contestación a este despacho. Como yo entiendo que Quijano es un emigrado de Costa Rica, y se ha ofrecido precio por su cabeza, no quiero sujetarlo a algún peligro, dejándolo en alguno de los puertos de aquel Estado; pero sí conducirlo a Belice.

“Salgo de este puerto en la tarde de este día, y continúo para Saltcreek y Bocas del Toro; y en cada uno de estos puntos solo permaneceré pocas horas, regresando para Belice inmediatamente después. Finalmente, confío que la justicia que caracteriza a V E satisfará la rectitud de mis procedimientos, y que el Gobierno de que es Ud., Jefe, verá que es conveniente la remoción de un hombre, cuyo carácter es tan notoriamente malo,

y contra quien, los habitantes adonde ha sido mandado le conservan tanto horror”.

Refiere la tradición que Quijano fué llevado prisionero a bordo de la fragata **Tiveed** durante la expedición del Superintendente Mac Donald a los puertos de Bocas del Toro y Saltcreek y en su regreso a Belice botado en una costa desierta a pocas millas del Cabo de Gracias a Dios, adonde pudo al fin llegar y obtener garantías personales de los indios mosquitos por medio de algunas onzas de oro que llevaba en un cinto bajo la ropa.

El Gobierno de Nicaragua no tuvo noticia del suceso de San Juan del Norte sino hasta el 29 de agosto de 1841, según se desprende de la comunicación que dirigió el 30 del propio mes al Vice Cónsul inglés en el Realejo, Mr. John Foster, el único agente consular británico que existía entonces en Centro-América, de donde se había ausentado temporalmente hacía dos años por más o menos, el Cónsul General Mr Federico Chatfield, a la sazón en Londres.

El 31 de agosto dirigió el Ministro General, señor Orozco, una circular a las cancillerías de los demás Estados centroamericanos, poniéndoles en su noticia el hecho escandaloso de San Juan del Norte

El Ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala contestó con fecha 17 de septiembre siguiente.

El suceso del 12 de agosto de 1841 en San Juan del Norte, causó profunda impresión en todo Centro-América. El temido monstruo de la codicia europea, estaba allí a orillas del Mar Caribe, aprovechándose del fraccionamiento de la Patria de 1823 para ir devorándole paulatinamente, hincando su diente en los pedazos disgregados. De allí que la oligarquía guatemalteca encare-

ciese por medio del entonces Ministro y más tarde Obispo Viteri la urgente necesidad de promover con eficacia la reunión de comisionados de todos los Estados para el arreglo, de común acuerdo, de todos los puntos de interés general; paso que daría crédito y alguna respetabilidad a Centro-América y prepararía de un modo positivo la reorganización que tanto convenía a los intereses del país.

Con fecha del día 24 de septiembre de 1841, la cancellería de Guatemala se dirigió al Superintendente de la colonia inglesa de Belice y el Superintendente MacDonald, contestó con fecha 7 de octubre siguiente al Ministro Viteri.

El Gobierno de Guatemala esperó hasta el 5 de noviembre del mismo año, en cuya fecha se dirigió al Vice-Cónsul británico en Guatemala Mr. Guillermo Hall,

El Vice Cónsul Hall contestó tres días después, manifestando que no era cierto que el Superintendente MacDonald, ni otro funcionario inglés le hubiese dado noticias referentes a los sucesos de San Juan del Norte; pero que si a pesar de eso quería el Gobierno de Guatemala decir algo al Gobierno de S. M. B. él se ofrecía gustoso para servir de intermediario

En el entretanto el Ministro Orozco, hizo circular con fecha 4 de octubre una hoja suelta

El asunto había tomado tal calor como que el Comandante General de Guatemala, General don Rafael Carrera, echó también su cuarto a espadas, en una comunicación oficial de fecha 4 de noviembre, que dirigió al Ministro de la Guerra y que fué publicada en seguida en el periódico La Gaceta órgano del Gobierno, conocida la importancia de Carrera en Guatemala, donde su voluntad era ley, dicha comunicación puso de manifiesto

el patriotismo que ya entonces animaba al famoso guerrillero de Mataquescuintla

La contestación del Ministro fué datada el 12 del mismo noviembre, suscrita por el señor Viteri y publicada en hoja suelta

El Gobierno de Nicaragua, mientras tanto se dirigió directamente a la Cancillería inglesa con fecha 15 de octubre refiriendo el suceso de Quijano y quejándose del procedimiento del Intendente MacDonald, a quien pide se castigue ejemplarmente, *exigiendo además que se reintegre a Nicaragua de los daños y perjuicios que se le han ocasionado*

En la Gaceta Oficial de Guatemala, correspondiente al 31 de diciembre de 1841, tratando por última vez en aquel año de la llevada y traída cuestión del escándalo de San Juan del Norte, apareció un artículo editorial.

A pesar de tanta alharaca levantada, el hecho injustificable de MacDonald quedó impune y cuando de él trató más tarde, el Cónsul Chatfield, en Octubre de 1842 procuró justificarlo, diciéndole al Ministro de Relaciones de Nicaragua, que San Juan del Norte no era territorio nicaragüense, sino mosquito; que él mismo había justificado en fecha anterior al Gobierno de Centro-América la existencia de la nación mosquita, declarando que la Gran Bretaña no vería con indiferencia la usurpación del territorio de un Monarca con quien le ligaban estrechas relaciones; y que además, la propia España, cuando estuvo en posesión de estos países, públicamente reconoció a la nación mosquita en especial, cuando en una ocasión el príncipe indio, Esteban, visitó a San Salvador, y Guatemala, en 1797, siendo recibido en todas partes con honores y ceremonias de rey, por orden de las autoridades españolas que costearon sus gastos.

El Señor Chatfield no obedecía en esa vez a sugerencias de Guatemala como afirma el señor Dr. Montúfar; el señor Chatfield obedecía más bien órdenes de su gobierno y cumplía con instrucciones terminantes de Lord Palmerston, como se deduce de lo que pasamos a referir en el capítulo siguiente.